

formación léxica por medio de sufijos en español; la incorporación de anglicismos a través del filtro de las estructuras castellanas; la introducción de elementos gramaticales como el pronombre *mismo*, las preposiciones *hasta* y *contra* y la conjunción *pero*.

En la recopilación del léxico se ha manejado la encuesta, utilizando y complementando el *Cuestionario para el estudio coordinado de la norma lingüística culta de las principales ciudades de Iberoamérica y de la Península Ibérica*, tomo III, *Léxico* (Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1971). Conjuntamente, se ha manejado el *Cebuano-Visayan Dictionary*, de ELSA P. YAP y MARÍA V. R. BUNYE (Honolulu, 1971). Con tales métodos, el de *encuesta* y el *lexicológico*, el número de hispanismos encontrados es de 19,15% y de 20,5%, respectivamente. El "corpus" léxico se presenta ordenado en campos léxico-semánticos, según la orientación clásica de R. Hallig y V. von Wartburg. Esta clasificación y el porcentaje que acompaña a cada campo dan un perfil exacto de la influencia del español en la configuración cultural y espiritual del *cebuano* y, por consiguiente, de Filipinas.

En suma, un libro con abundancia de datos, organización excelente y conclusiones valiosísimas, tanto por su rigor científico como por su eficacia informativa en un tema muchas veces mentado, pero, hasta la aparición del presente libro, desconocido en sus reales límites.

HERNÁN URRUTIA C.

URIEL OSPINA, *Sesenta minutos de novela en Colombia*, Bogotá, Banco de la República, 1974?, 174 págs., 8 h.

El Banco de la República ha hecho entrega — al fin — de los cinco primeros volúmenes con que se inicia su serie de Breviarios Colombianos. Leemos en la presentación de los Breviarios que "No son libros para especialistas ni pretenden agotar la materia [de que traten], como no tienen tampoco la intención de servir como obras didácticas escolares o universitarias. [...] Han sido escritos para] el ciudadano común, interesado en diversos temas sobre la vida colombiana, aunque estos no tengan relación alguna con su trabajo cotidiano". Los títulos publicados son, en su orden, *Manual del ciudadano*, de Cayetano Betancur, *Generaciones colombianas*, de Abel Naranjo Villegas, *Sesenta minutos de novela en Colombia*, de Uriel Ospina, *Cuestiones de límites de Colombia*, de Julio Londoño Paredes, e *Introducción al pasado aborigen*, de Luis Duque, Gómez.

Ya conocíamos de Uriel Ospina el denso y sesudo estudio que con el título *Problemas y perspectivas de la novela americana* publicó la Editorial Tercer Mundo, en 1964. En aquel libro, junto a la apretada erudición, y como respiro, asoma la expresión humorística para equilibrar el estilo. En *Sesenta minutos de novela en Colombia* volvemos a encontrarnos con el antioqueño a quien se le ha impuesto la tarea de informar en 174 páginas sobre 131 años de novela en Colombia, correspondientes a 243 títulos de 127 novelistas seleccionados; volvemos a encontrar a Uriel Ospina en la difícil tarea de distribuir nombres, títulos y fechas envueltos en oportuna prosa humorística que combina por iguales dosis la picardía montañesa y sabanera, a fin de instruir deleitando, en lo que llama “un cursillo de literatura para gentes apresuradas” (pág. 47) y volvemos a comprobar que ha salido airoso de la prueba. Tal vez sea la hora de recordar que la prueba contra reloj fue recorrida también, anteriormente y con buen puntaje, por Javier Arango Ferrer, en *Dos horas de literatura colombiana*, Medellín, La tertulia, 1963.

En *Sesenta minutos de novela en Colombia*, Uriel Ospina informa, burla burlando, sobre el marco cultural en que se ha escrito la novela en Colombia —que no la novela colombiana, que como bien lo anota, es un sinsentido—, sobre la vida, pasión y obras de nuestros novelistas, sin prejuicio de que a autores que juzga sobresalientes, como Carrasquilla, Isaacs, Caballero Calderón, Rivera o García Márquez, dedique un número de páginas bastante considerable y que para casos como el de *María* de Jorge Isaacs, incluso salga, lanza en ristre, caballero en defensa de una de las más prestigiosas damas de Colombia.

He aquí, espigados al azar, algunos ejemplos del oportuno y pungente humor de Uriel Ospina tomado, para el caso, de comparaciones con el arte de Vatel: “Este no es [...] un librito para gentes muy importantes o para eruditos que lo sepan todo. Este es un tema para conversar sobre novela colombiana. O sobre novela hecha en Colombia, que no es exactamente lo mismo” (pág. 6); “Dos eruditos colombianos, Gabriel Latorre (1868-1935) y Luis López de Mesa (1884-1969), escribieron algunas novelas dentro de esos moldes modernistas tan corrientes en la pastelería literaria que tanto se utilizó en Latinoamérica en las tres primeras décadas del siglo” (pág. 50); “El cuidadoso estilo literario de Daniel Samper Ortega [...] le sirve a modo de frondosa barrera para impedir que los viandantes puedan apreciar el huerto que tan celosamente guardan [sus novelas]” (pág. 75); “Lo que prueba [un juicio sobre *El delfín* de Alvaro Salom Becerra] que la novela colombiana por ciertos aspectos está condenada a ser espantablemente insípida. Sin haber sido un buen guiso, por lo demás” (pág. 90).

El libro de Uriel Ospina entra a formar parte de la literatura que sobre la novela colombiana se ha escrito en el país, en forma panorámica e informativa, labor en que el autor cuenta con ilustres antecedentes como Roberto Cortázar (*La novela en Colombia*, Bogotá, Imprenta Eléctrica, 1908), Lucía Luque Valderrama (*La novela femenina en Colombia*, Bogotá, Cooperativa de Artes Gráficas, 1954), Donald Mc Grady (*La novela histórica en Colombia, 1884-1959*, Bogotá, Editorial Kelly, 1962) y, el más conocido, Antonio Curcio Altamar (*Evolución de la novela en Colombia*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1957).

Para finalizar esta nota, permítasenos hacer algunas recomendaciones bien intencionadas a los bien intencionados directores de los Breviarios Colombianos del Banco de la República, pues según entendemos van a seguir publicando la serie: a. Que no se lancen al mercado textos mutilados, como el que nos tocó en suerte (el enviado para el Registro bibliográfico), en el que faltan 14 páginas de texto y 8 de índice onomástico. Paradójica e irónicamente dice así el texto, al finalizar la página 160: "Es lástima que, *Después de la noche* [...] haya tenido que someterse a mutilaciones para poder participar en un concurso literario que, como todos los concursos literarios con corsé, tienen extensión limitada"; b. Que se provea a cada volumen de su correspondiente portada o página titular (entiéndase que no hablamos de *cubierta*, que la de los Breviarios es magnífica), donde se inscriban los datos bibliográficos corrientes, a saber: nombre del autor, título de la obra, lugar de impresión, editor y año de impresión; c. Que si lo anterior no se hace, al menos se impriman en algún lugar del libro los mencionados datos bibliográficos, no en la cubierta solamente; d. Que la colocación de los índices se regularice a la española o a la inglesa, es decir, al final o al principio, pero no se coloquen indistintamente; e. Que se deje en blanco la página par, si el texto de la introducción, capítulo o final, termina en impar.

ERNESTO PORRAS COLLANTES.

Instituto Caro y Cuervo.